

DOS MILENIOS DE CRISTIANISMO Y ARTE

Juan Cordero Ruiz

PRESENTACIÓN

Al finalizar este segundo milenio del nacimiento de Cristo, se imponen algunas revisiones sobre lo que significó para el género humano el misterio de la Encarnación. Desde cualquier ángulo, incluso desde una mentalidad agnóstica o atea, no se puede ocultar la trascendencia que tuvo para la historia de la humanidad este acontecimiento, que echó raíces en el hombre e impregnó muchas de sus actividades, que perduran en el tiempo.

Al ser designado por esta Real Academia de Bellas Artes para pronunciar el discurso inaugural del curso 1999-2000, me pareció oportuno referirme a la influencia que tuvo ese acontecimiento de hace 2000 años en la actividad artística, como tema de evidente interés y actualidad para nosotros.

Se impone, ciertamente, una revisión sobre la influencia que tuvo, y tiene, la presencia de Cristo en la Historia del Arte. Y ello se puede y se debe abordar desde muchos ángulos. Pero, ni los límites de una conferencia son espacio para ello, ni mis conocimientos me lo permiten; aunque sí puede hacerlo esta Ilustre Corporación como reflexión obligada, dentro de su cometido, que arroje luz sobre tan trascendente acontecimiento al comenzar un tercer milenio.

CARTA DEL PAPA A LOS ARTISTAS

El Papa Juan Pablo II, con una oportunidad providencial, acaba de dirigir una importante carta a todos los artistas¹. Esta Real Academia, destinataria directa de ese mensaje, no podía permanecer ajena a tan singular evento. Al leer con detenimiento la misiva papal, se siente luz en la mente y gozo en el corazón, no solo por considerarnos artistas y cristianos, sino también nos quedamos impresionados por la profundidad de su pensamiento, el orden de su exposición, la claridad de sus conceptos y la belleza de sus expresiones. Es por ello que, ante tan magistral documento, solo nos quede por decir el postrero "amén" cristiano, y solicitar a la Academia su publicación para el bien del arte y los artistas. No me cabe, pues, más que merodear en torno a este escrito y hacer algunos comentarios marginales desde nuestra personal experiencia, consciente de nuestras limitaciones, como la más idónea lección inaugural de un curso que viene marcado por este acontecimiento irrepetible en nuestras vidas.

LA IGLESIA NECESITA EL ARTE

La historia de la Iglesia y la historia del arte han hecho un largo camino juntas, apoyándose y complementándose mutuamente. En ese largo recorrido, no exento de vicisitudes, tenemos que aceptar con objetividad el común enriquecimiento de este positivo binomio. El arte occidental no podría ser comprendido en su plenitud si lo despojásemos de las obras de inspiración cristiana, ni tampoco podría habernos llegado con vitalidad el mensaje evangélico si su pastoral y su liturgia no viniesen revestidas con las galas del arte. Fue el gran pontífice Pablo VI, citado por Juan Pablo II², quien en un memorable discurso a los artistas italianos dice: *"Tenemos necesidad de vosotros. Nuestro ministerio tiene necesidad de vuestra colaboración. Pues como sabéis, nuestro ministerio es el de predicar y hacer accesible y comprensible, mas aún, emotivo, el mundo del espíritu, de lo invisible, de lo inefable de Dios. Y en esta operación que trasvasa el mundo invisible en fórmulas accesibles, inteligibles, vosotros sois maestros"*. Y prosigue más

¹ Carta del Santo Padre a los artistas. 4-4-1999.

² Discurso de Pablo VI a los artistas italianos. Capilla Sixtina 7-5-1964.

adelante: *"Si nos faltara vuestra ayuda el ministerio sería balbuciente e incierto y tendría que hacer un esfuerzo, diríamos, para hacerse artístico o, mejor, para hacerse profético. Para alcanzar la fuerza de la expresión lírica de la belleza intuitiva necesitaría hacer coincidir el sacerdocio con el arte"*.

No se conforma el actual Papa con citar al admirado Pablo VI, sino que en la carta que comentamos nos dice con voz propia: "Para transmitir el mensaje que Cristo le ha confiado, la Iglesia tiene necesidad del arte. En efecto, debe hacer perceptible, más aún, fascinante en lo posible, el mundo del espíritu, de lo invisible de Dios. Debe por tanto acuñar en fórmulas significativas lo que en sí mismo es inefable. Ahora bien, el arte posee esa capacidad peculiar de reflejar uno y otro aspecto del mensaje, traduciéndolo en colores, formas y sonidos que ayudan a la intuición de quien contempla o escucha. Todo esto, sin privar al mensaje mismo de su valor trascendente y de su halo de misterio".

EL PRIVILEGIO DE SER ARTISTA

Aunque todo hombre está hecho a imagen y semejanza de Dios, Juan Pablo II eleva al artista a una singular semejanza con el Dios Creador, comenzando la carta que hoy comentamos con las palabras del Génesis: *"Dios vio cuanto había hecho, y todo estaba muy bien"*. Conocida la gran formación lingüística y filosófica del Papa, no nos extraña que analice con profunda sutileza el término "bien" y lo asemeje al término "bello", y, considerando el tema de la belleza como propio de la reflexión del arte, ya no encuentre distancias para ver al Dios Creador como al Dios Artista. Y así ve como "el Artista Divino, con admirable condescendencia, transmite al artista humano un destello de su sabiduría trascendente, llamándolo a compartir su potencia creadora".

Esta potencia creadora, pálido reflejo de la divina, constituye el lenguaje peculiar del arte, que no es otro que la capacidad de expresar lo inefable, lo invisible y sutil del espíritu con las fórmulas propias de la sensibilidad, alcanzando por este peculiar lenguaje, lo que la razón y la lógica no alcanza a explicar. La emoción y los sentimientos que provocan la obra de arte *"trasvasa el mundo invisible en fórmulas accesibles e inteligibles"* (2) por atajos de una gran simplicidad, y se manifiesta a los espíritus más diversos, incluso aquellos que carecen de una preparación intelectual básica.

Y en esto, como nos recuerda el Papa en su carta, está próxima la experiencia estética a la fe religiosa, diciendo: *"El creyente no se maravilla de esto, sabe (por experiencia propia inexplicable) que por un momento se ha asomado al abismo de luz que tiene su fuente originaria en Dios. ¿Acaso debe sorprenderse de que el espíritu quede como abrumado hasta el punto de no poder expresarse sino con balbuceos?"*. *"Ciertamente que el conocimiento de la fe es de otra naturaleza. Supone un encuentro personal con Dios en Jesucristo. Este conocimiento, sin embargo, puede también enriquecerse a través de la intuición artística"*. ¿No se refiere a ese deslumbramiento divino y fugaz el maravilloso verso de San Juan de la Cruz?

*"¿Adonde te escondiste,
Amado y me dejaste con gemido?
Como el ciervo huiste,
habiéndome herido;
salí tras ti clamando, y eras ido"*.

Me parece que este conocimiento intuitivo alcanzado tanto por el arte como por la fe, tiene algo que ver con aquella expresión de Cristo: *"que se llenó de gozo en el Espíritu Santo, y dijo: Yo te bendigo, Padre, Señor del cielo y de la tierra, porque has ocultado estas cosas a los sabios y prudentes, y se las ha revelado a pequeños"* (Lc. 10.21)³ Es como si en aquella hora descubriese Cristo una nueva vía de conocimiento creada por el Padre que, saltando por encima del estudio metódico, la lógica y la razón, iluminase un tipo especial de inteligencia, reservada a los humildes, sencillos y limpios de corazón. No sé si eso es la sensibilidad, la inspiración, el genio o la Gracia, pero es el "don" especial que reciben los santos, y también los artistas, (a veces incultos), quienes exponen con clarividencia fórmulas expresivas que los sabios con sus estudios no alcanzan a ver.

Cabe el peligro de meter en un desordenado compartimento la palabra "artista", para no saber a la postre a quiénes nos referimos. Este no es aquí el peligro. El Papa conoce bien el término "artista" y lo aplica con precisión, pero, en una generosa y eventual extrapolación no pierde su oportunidad pastoral, y recuerda que *"a cada hombre se le confía la tarea de ser artífice de la propia vida; y en cierto modo, debe hacer de ella una obra de arte, una obra maestra"*. El propio Papa se considera artista, recordando con evidente complacencia los

³ Lc.10.21 y Mt.11.25.

años de su formación y su experiencia creadora, que, según sus propias palabras *"han marcado de modo indeleble mi vida"*. Por ello podrá decir con autoridad, cuando quiere justificar esta carta, que *"en realidad no se trata de un diálogo motivado por circunstancias históricas o por razones funcionales, sino basado tanto en la esencia misma de la experiencia religiosa como de la creación artística"*, ya que conoce por su propia biografía la doble experiencia artística y religiosa y, por ello, la encuadra en esa historia de diálogo fecundo e ininterrumpido entre la Iglesia y el arte que cumple dos milenios.

DIOS ES LA BELLEZA Y LA IGLESIA AMA A QUIENES LA CULTIVAN

Porque la expresión de lo divino por medio de la belleza y del arte no es un mero accidente, pues no se trata de un añadido o simple adorno decorativo de la imagen divina, sino que la belleza es atributo consustancial de Dios. Juan Pablo II, en otro lugar⁴, tomando prestadas las palabras de su antecesor Pablo VI, dice: *"Es sabido que la peculiaridad del arte sacro no consiste en ser una decoración sencillamente superpuesta a las realidades que, por otra parte, resultaría insignificante. En tal caso el arte se reduciría a un embellecimiento estético de un subyacente ser informe. En Dios, lo sabemos perfectamente, no es un atributo derivado, sino que coincide con la misma realidad que es gloria. Cuando la Iglesia llama al arte a acompañar la propia misión, no es sólo por razones de estética, sino por obedecer a la lógica misma de la revelación y la encarnación. No se trata de suavizar con imágenes tonificantes el camino áspero del hombre, sino de ofrecerle la posibilidad de tener desde ahora una cierta experiencia de Dios, el cual concentra en sí todo lo que es bueno, verdadero y bello"*.

Consciente la Iglesia del singular atributo divino de la Belleza, vuelca su especial predilección por los artistas, cultivadores humanos de la belleza. El discurso de la Iglesia es único pero suena con voces diferentes y complementarias a lo largo de los siglos, reconociendo y estimulando este don de algunos humanos. Por ello reconforta oír la misma música con variaciones polifónicas. Pío XII, que tiene una larga dedicación a los temas artísticos, ensalza así a los artistas, un día lejano de 1952⁵. *"El artista es, por sí mismo,*

⁴ Juan Pablo II. Discurso a la Pontificia Comisión para los bienes culturales de la iglesia. 12-X-1995.

⁵ Pío XII. Discurso a los artistas de la VI Exposición Cuatrienal. Roma 8-4-1952.

un privilegiado entre los hombres; pero el artista cristiano es en cierto sentido un elegido, porque es propio de los elegidos contemplar, gozar y expresar las perfecciones de Dios. Buscad a Dios aquí abajo en la naturaleza y en el hombre, pero, ante todo, dentro de vosotros mismos; no intentéis buscar lo humano sin lo divino, ni la naturaleza sin el Creador; armonizad, por el contrario lo finito con lo infinito, lo temporal con lo eterno, al hombre con Dios, y así daréis la verdad del arte, el arte verdadero. Incluso sin propornérselo como finalidad expresa, tratad de educar los espíritus –tan fácilmente inclinados hacia el materialismo– en la nobleza y en el gusto espiritual; aproximarlos los unos a los otros, vosotros a quienes es dado hablar un lenguaje que todos los pueblos pueden comprender".

Sin duda que Pío XII se inspiraba en San Agustín para esa búsqueda interior de la belleza. El obispo de Hipona se lamenta diciendo: *"Tarde te he amado, hermosura tan antigua y tan nueva; tarde te he amado. Y mira, tu estabas en el interior mientras yo te buscaba en el mundo exterior, y en mi desgraciado estado me sumergí en las cosas bellas que tu creaste. Tu estabas conmigo y yo no estaba contigo. Las cosas hermosas me mantuvieron apartado de ti, a pesar de que si no existían en ti, carecían de toda existencia"*. En este salto cualitativo de la belleza de las cosas creadas a la belleza del Creador, San Agustín pinta esta bella imagen, digna de un Caravaggio ideal: *"Estaba dando la espalda a la luz y tenía el rostro girado hacia las cosas que eran iluminadas. Así mi rostro, por el que yo era capaz de contemplar las cosas iluminadas, no estaba él mismo iluminado"*.⁶

Dios es belleza, belleza que contagia con sólo su presencia todo lo creado. El artista busca esa belleza en las cosas creadas, y rastrea, tal vez sin saberlo, las huellas del Creador. El ya citado San Juan de la Cruz, no ignora esa belleza creada, aunque, también como San Agustín, quiere pasar por encima de ella, para encontrarse con el Autor.

*"Buscando mis amores,
iré por esos montes y riberas,
ni cogeré las flores, ni temeré las fieras,
y pasaré los fuertes y fronteras.
¡Oh bosques y espesuras,
plantados por la mano del Amado!
¡Oh prado de verduras,*

⁶ San Agustín. *Confesiones*. B.A.C. Madrid, 1994.

*de flores esmaltado,
decid si por vosotros ha pasado!
–Mil gracias derramando
pasó por estos sotos con presura,
y, yéndolos mirando,
con sólo su figura
vestidos los dejó de su hermosura"*.

Valgan estos versos inmortales en honor a Juan Pablo II, que tanto ahondó en la obra del gran santo español.

LA MORAL DEL ARTISTA

Este don especial de descubrir la belleza, que reciben algunos humanos, es gratuito; es cierto que necesita el riego constante del trabajo, el sacrificio y la entrega personal para una feliz germinación, pero esa gracia recibida por iniciativa divina, conlleva una gran responsabilidad. Por ese don especial denominado "talento artístico", que es reflejo de la belleza divina, se está obligado al desarrollo de ese particular talento, según la moral cristiana, con la lógica de la parábola evangélica de los talentos. El Papa advierte en su carta de una doble obligación del artista: consigo mismo y con la sociedad, siguiendo la misma línea pastoral de su antecesor en la Santa Sede, y dice: *"La diferente vocación de cada artista, a la vez que determina el ámbito de su servicio, indica las tareas que debe asumir, el duro trabajo a que debe someterse y la responsabilidad que debe afrontar. Un artista, consciente de todo ello sabe también que ha de trabajar sin dejarse llevar por la búsqueda de la gloria banal o la avidez de una fácil popularidad, y menos aún por la ambición de posibles ganancias personales. Existe, pues, una ética, o más bien una "espiritualidad" del servicio artístico que de un modo propio contribuye a la vida y al renacimiento de un pueblo"*.

EL PAPA ABORDA TODAS LAS CUESTIONES

No deja el Papa tema sin abordar y se enfrenta al problema iconográfico de la tradición hebraica (que prohíbe explícitamente la representación de

Dios y cualquier otra figura de personas o animales); y el peso de todo el Antiguo Testamento donde el Dios-Misterio, invisible y hasta innombrable constituye un desafío para los cristianos, incluso en el plano de la creación artística. El Papa zanja la cuestión iluminando el Antiguo Testamento a la luz del Nuevo, como no podía ser de otro modo. *"Con el Misterio de la Encarnación, Dios ha entrado en el mundo de las realidades visibles, tendiendo un puente con su humanidad entre lo visible y lo invisible, de forma análoga se puede pensar que una representación del misterio puede ser usada, en la lógica del signo, como evocación sensible del misterio. El icono no se venera por sí mismo, sino que lleva al sujeto representado"*.

En el recorrido que hace por la historia milenaria de esta relación entre Evangelio y arte, encuentra en aquellos momentos difíciles, definidos como lucha iconoclasta, y que tuvo tan largo período de controversias, incluso persecuciones con sus mártires, los mismos argumentos que son proclamados en el II Concilio de Nicea el año 787, que dice: *"Definimos, con toda certeza y precisión, que, lo mismo que la figura de la preciosa y vivificante cruz, las santas y venerables imágenes, ya sea fabricada con pintura o en mosaico, ya sea en cualquier otra materia adecuada, deben ser propuestas en las santas iglesias de Dios, en los vasos y vestidos sagrados, en los muros y en los cuadros, en las casas y en los caminos; tanto la imagen de Dios Salvador y Señor Nuestro Jesucristo, como la de la Purísima Señora Nuestra y Santa Madre de Dios, como la de todos los nobles y santos varones. Porque cuanto más frecuentemente se les contempla en forma de imágenes, tanto más vivamente los que los contemplan se mueven al recuerdo y anhelo de los prototipos representados en ellas... Porque la honra dada a la imagen pasa al prototipo en ella representado..."*⁷ Estas conclusiones, fueron respaldadas por sucesivos concilios, y son las mismas que nos recuerda hoy Juan Pablo II, quien deja saldada para siempre esta cuestión iconográfica, fundamental para las artes plásticas.

LA ARQUITECTURA, LA POESÍA Y LA MÚSICA

Las otras manifestaciones artísticas, no figurativas, no encontraron tantos obstáculos, y así reconoce el Papa como, desde el edicto de Constantino,

⁷ II Concilio de Nicea, Mansi XIII, 373-380.

los cristianos se expresaron en libertad en la construcción de sus templos, si bien tuvieron que asumir los viejos cánones paganos de la arquitectura basilical adaptándolas al nuevo culto, hasta liberarse, progresivamente, con estilos propios, cual el bizantino de Santa Sofía de Constantinopla y todas sus secuelas, constructivas y estilísticas.

El arte de la palabra y el sonido son evocados recordando desde San Agustín en *De música* a otros prohombres cristianos como Hilario, Ambrosio, Prudencio o Paulino de Nola entre muchos, que hacen verdadero arte poético a la par que teológico. Se vuelca nuestro Papa en el recuerdo de *"San Gregorio Magno, con la compilación del Antiphonarium, que ponía las bases para el desarrollo orgánico de una música sagrada tan original que de él ha tomado su nombre. Con sus inspiradas modulaciones el Canto gregoriano se convertirá con los siglos en la expresión melódica característica de la fe de la Iglesia en la celebración litúrgica de los sagrados misterios. Lo bello se conjugaba así con lo verdadero, para que también a través de las vías del arte los ánimos fueran llevados de lo sensible a lo eterno"*. Pero no sólo se refiere el Papa a los orígenes, sino que en el recorrido que hace por la creación musical no olvida a tantos artistas que se han dedicado a la música sagrada o a temas religiosos, y dice: *"¿Cómo no recordar a Pier Luigi da Palestrina, a Orlando di Lasso y Tomás Luis de Victoria? Y es bien sabido que muchos grandes compositores –desde Händel a Bach, desde Mozart a Schubert, desde Beethoven a Berlioz, desde Liszt a Verdi– nos han dejado asimismo obras de gran inspiración en este campo"*.

EL VATICANO II Y LOS ARTISTAS

Estoy haciendo un gran esfuerzo para no seguir, seducido, la transcripción textual de la carta papal, que tal es su atracción magnética. Por ello voy a saltarme ese recorrido que, en magistral síntesis, hace desde el arte paleocristiano de las catacumbas hasta la reciente historia, centrada en el Concilio Ecuménico Vaticano II. Y sirva de anécdota, para conocer mejor la vocación artística de Juan Pablo II, el que, todavía joven obispo, intervino en una sesión del Concilio para pedir que se levantara la prohibición que existía en aquellos años a los sacerdotes de asistir al teatro, pues, según el obispo Wojtyła, el escenario contiene una fuerza catártica de importancia decisiva.

Treinta y cinco años después este Papa exprime las aportaciones del

Concilio Vaticano II, como podemos ver en su carta, por ello me remonto a recordar lo que el Concilio le dijo a los artistas en aquel mensaje de 1965: *"A todos vosotros ahora, artistas, que estáis prendados de la belleza y que trabajáis por ella; poetas y gentes de letras, pintores y escultores, arquitectos, músicos, hombres de teatro y cineastas... A todos vosotros, la Iglesia del concilio dice por nuestra voz: Si sois los amigos del arte verdadero, vosotros sois nuestros amigos.*

La Iglesia está aliada desde hace mucho tiempo con vosotros. Vosotros habéis construido y decorado sus templos, celebrado sus dogmas, enriquecido su liturgia. Vosotros habéis ayudado a traducir su divino mensaje en la lengua de las formas y de las figuras convirtiendo en visible el mundo invisible.

Hoy como ayer, la Iglesia os necesita y vuelve hacia vosotros. Ella os dice, por nuestra voz: No permitáis que se rompa una alianza fecunda entre todos. No rehuséis poner vuestro talento al servicio de la verdad divina. No cerréis vuestro espíritu al soplo del Espíritu Santo.

Este mundo en que vivimos tiene necesidad de la belleza para no caer en la desesperanza. La belleza, como la verdad, es quien pone la alegría en el corazón de los hombres; es el fruto precioso que resiste la usura del tiempo, que une las generaciones y las hace comunicarse en la admiración. Y todo ello por vuestras manos.

Que estas manos sean puras y desinteresadas. Recordad que sois guardianes de la belleza en el mundo; que esto baste para libertaros de placeres efímeros y sin verdadero valor, para libraros de expresiones extrañas o desagradables.

Sed siempre y en todo lugar dignos de vuestro ideal y seréis dignos de la Iglesia, que por nuestra voz os dirige en este día su mensaje de amistad, de salvación, de gracia y bendición".⁸

Aunque ha salido larga la cita, no queríamos desaprovechar la ocasión para desempolvar y paladear de nuevo las palabras del Magisterio Eclesial, que siempre parecerán nuevas y fecundas al sensible espíritu de los artistas. Ellas tiñen de nobleza la vocación artística, tan abundante en esta Real Corporación, y estimula al espíritu en las horas bajas del trabajo gris y la ausencia creativa, cuando cunde el desaliento.

⁸ Mensaje a la Humanidad. Concilio Vaticano II. B.A.C. Madrid 1965.

¿ES RELIGIOSO EL ARTISTA DE HOY?

Para muchos puede ser ocasión de desánimo, hasta parecer un anacronismo que, en nuestros días, se haga un arte de tema cristiano, y ello, porque la cultura está de espaldas al problema de la fe religiosa, y no hay demanda de un arte formalmente cristiano, como en otras épocas históricas. Porque es un hecho evidente que hoy los encargos y los mecenas no están en la jerarquía eclesiástica ni en las órdenes religiosas, ni siquiera hay devotos que reclamen obras de carácter religioso; incluso vemos en las subastas de arte que obras de un mismo autor y calidad salen infravaloradas si son de temática religiosa. Hoy son mecenas los bancos, hoteles, entidades comerciales, etc., que temen señalarse y perder clientelas por mostrar manifestaciones de nuestra fe y nuestra tradición. Predomina el "no compromiso" con obras informales o el bodegón, la naturaleza muerta o el paisaje, cuando no la exhibición de los más bajos instintos y depravaciones, que eso no parece comprometer. Igual se puede decir de las otras artes visuales o sonoras. Faltan en el arte los grandes temas épicos o religiosos, y "el arte por el arte" aparece al servicio de lo trivial, del consumismo, de la vaciedad. Rehuyendo temas más profundos se queda en una superficialidad que halaga a los espíritus menos exigentes, adulando a las mayorías homogeneizadas por los medios de comunicación de masas.

A nuestro Pontífice no le merece esto mayor preocupación, y arroja luz de optimismo diciendo: *"el arte, incluso más allá de sus expresiones típicamente religiosas, cuando es auténtico, tiene una íntima afinidad con el mundo de la fe, de modo que, hasta en las condiciones de mayor desapego de la cultura respecto a la Iglesia, precisamente el arte continúa siendo una especie de puente tendido hacia la experiencia religiosa. En cuanto búsqueda de la belleza, fruto de una imaginación que va más allá de lo cotidiano, es por su naturaleza una especie de llamada al Misterio. Incluso cuando escudriña las profundidades más oscuras del alma o los aspectos más desconcertantes del mal, el artista se hace de algún modo voz de la expectativa universal de redención"*. Es, por ello, que no debemos preocuparnos mucho si nuestro arte contemporáneo no tiene como modelo inspirador los temas cristianos pues, si es auténtico, de algún modo también participa de la fe redentora.

Y podrá preguntarse, ¿cuándo es auténtico un arte? Hay muchos intereses en torno a esta cuestión, porque se dilucida nada menos que saber lo que es o no es arte. Aunque una cosa es cierta, que, el autor artista, en lo

más profundo de su conciencia, sí sabe si aquella obra lo es. Y lo será cuando responde rectamente y sin injerencias ajenas a la idea inicial; porque no se han usado efectismos de la técnica; porque le sigue emocionando después de mucho tiempo de realizada y le duele desprenderse de ella; porque no ha buscado el halago ajeno, ni el aplauso fácil, ni la complacencia de los incondicionales; porque es fiel reflejo de su tiempo y condición; porque no ha pedido lenguaje prestado y se expresa en libertad... Son, es verdad, razones para el autor, pero es la única garantía, ya que en estas sutiles cuestiones del sentimiento el fraude está al alcance de cualquier desaprensivo. Por ello la primera condición moral del artista es la honestidad. Hoy se producen obras artísticas con gran abundancia y confusión; los modernos conceptos estéticos permiten la ejecución de obras heterogéneas y contrapuestas. Viven mezclados los aficionados y los profesionales, lo muy elaborado con lo improvisado, lo profundo con lo pueril. Cualquiera se proclama artista genial... Hasta se ha acuñado una actual definición de arte, diciendo: "es arte todo aquello que el autor dice que lo es". Aunque, tal vez, no sea sólo mal de nuestros días, que ya Lope de Vega se extrañaba en su tiempo, diciendo:

*"O sabe naturaleza
mas que supo en otro tiempo,
o tantos que nacen sabios
es porque lo dicen ellos."*

Ya, a mediados de este siglo que termina, se suscitó una apasionada polémica sobre las relaciones del nuevo arte y la Iglesia, y por extensión si era lícito que un artista no creyente afrontase temas religiosos. Hoy, nos parece un tema superado, como hemos visto en las palabras de nuestro Papa, porque *"el arte, cuando es auténtico, tiene una íntima afinidad con el mundo de la fe"*; pero no está de más recordar aquellas encarnizadas polémicas que tuvieron lugar en torno a las nuevas iglesias de la posguerra mundial.⁹ Brota la chispa en Francia, cuando en la capilla de Nuestra Señora de Assy, se reúnen artistas geniales, como Matisse, Bonnard, Léger entre otros, no especialmente religiosos, para hacer en libertad lo mejor de su inspiración. La animación del canónigo Devémy y del P. Couturier hicieron prender desde la revista "L'Art Sacré", los nuevos conceptos estéticos en las tradicionales formas de la Iglesia. Y ello,

⁹ *El arte Sagrado de nuestra época. Madeleine Ochgé. Editorial Casal i Vall. Andorra, 1960.*

todavía latente en ciertos sectores arcaicos, produce en nuestra sociedad discrepancias sobre la aceptación de la obra de arte cristiano.

¿TIENE LA IGLESIA UN ESTILO ARTÍSTICO?

La Iglesia nunca ha manifestado poseer un estilo propio, sino que, tomando indistintamente las formas de cada momento, las ha insuflado, con su adaptación, el espíritu evangélico. Así lo atestigua la propia historia del arte, que sirve por igual al cristianismo con el simbolismo paleocristiano del buen Pastor, el misterioso icono bizantino, el Pantócrator románico, el humanizado Cristo gótico, la pagana belleza de Miguel Ángel o las bellas Madonnas de Rafael; las sensuales y teatrales formas del barroco, incluso las músicas operísticas, y, ¿porqué no, las modernas formas del cubismo o el simbolismo de la abstracción...? Planteada la cuestión como dilema entre artista cristiano mediocre o artista no creyente auténtico, la iglesia siempre apostó por éste. ¡Claro que no hay que confundir la iglesia jerárquica donde sopla el Espíritu, con modestos clérigos rurales rodeados de benefactores burgueses de dudoso gusto. Es, ciertamente, este final de milenio, buena ocasión para repasar nuestra historia del arte desde la óptica cristiana. Seguro que sacamos provechosas enseñanzas.

¿CUÁL ES EL GUSTO PERSONAL DEL PAPA?

Sabida la arrolladora personalidad del Papa Wojtyla, y su influencia en cuantas cuestiones toca, nos pica la curiosidad de conocer sus preferencias artísticas personales. Su gran sensibilidad y cultura le permite saborear profundamente las más dispares manifestaciones, sin que le produzcan extrañeza los más espectaculares exotismos y novedades. No consta en ninguna de las biografías que conozco, cuáles sean sus preferencias personales, si bien es conocida su actividad literaria, su creación poética y sus actuaciones de actor; aparte de este público conocimiento no sabemos gran cosa de sus preferencias estéticas. Dada mi especialidad en el campo de la pintura, he rastreado algunas huellas por las que deslizan algunas pistas. Varios son los documentos públicos, incluida esta misma carta, en la que la mención explícita al Beato Angélico, no deja lugar a dudas sobre este pintor.

También se le escapa la admiración, reiteradas veces, por otro artista beatificado, el ruso Andrej Rublev. Y por último, con motivo de la homilía ante los frescos restaurados del Juicio Final de Miguel Ángel, su canto a la belleza corporal de los desnudos de Buonarroti, calificándolos como "la teología del cuerpo humano", deja entrever una incontenida admiración.¹⁰ Tres sólidos puntales que sostienen toda la pintura: la dulzura exquisita, casi sobrenatural de Fra Angélico; el misterio expresionista, lineal y simbolista de Rublev; y la fuerza terrible, titánica y sobrehumana de Miguel Ángel. No están mal estas restringidas referencias, de ser acertadas, para adentrarnos un poco más en la mente de este hombre excepcional que hoy pilota la barca de Pedro.

DOS PREGUNTAS BÁSICAS Y COMPLEMENTARIAS

Y retomando la carta papal, se hacen en ella dos preguntas igualmente importantes y complementarias: ¿La iglesia tiene necesidad del arte? ¿El arte tiene necesidad de la Iglesia? Parece obvio que después de lo expuesto queden dudas de las mutuas necesidades, pero el Papa aprovecha la ocasión para remachar sobre la evidencia. Parece que tiene un desmedido interés en dejar bien claro este ayuntamiento y retoma argumentos propios, y de los pontífices que le han precedido, para no dejar resquicio a la duda. Con toda honestidad reconoce otros contextos religiosos, como el arte antiguo, griego y romano y las antiquísimas civilizaciones del oriente, pero si lo recuerda es para insistir en el filón de inspiración que trajo la Encarnación del Verbo, pronosticando el empobrecimiento del arte si se abandonaran los temas evangélicos. Y de igual modo la iglesia, desprovista del arte quedaría mutilada, desasistida, incluso incomunicada, haciendo el ministerio "balbuciente e incierto".

EL ESTILO DE LA CARTA PAPAL

La carta, que empieza fría y reflexiva, conforme avanza va creciendo en emotividad y lirismo para convertirse en arenga que exalta la importancia del tema e impulsa a su seguimiento apasionado. Se ve que el historiador y

¹⁰ Homilía en la Capilla Sixtina el 8-IV-1994.

el filósofo se va dejando ganar por el artista, haciendo verdad aquellas citadas palabras de Pablo VI, y para transmitirnos el mensaje de su ministerio alcanza "*LA FUERZA DE LA EXPRESIÓN LÍRICA DE LA BELLEZA INTUITIVA*". Dicho de otro modo, usa el lenguaje de la expresión artística para llegar por la belleza de la expresión literaria a lo que no alcanza por la lógica del razonamiento. De ahí esa llamada final a los artistas del mundo entero, recordando la alianza establecida desde siempre entre el evangelio y el arte. Llamada a adentrarse con intuición creativa en el misterio de Dios y también en el misterio del hombre. Y, como grito final, un canto a la belleza haciendo suya la expresión de Dostoyevski, "**la belleza salvará al mundo**".

CONCLUSIÓN

Finalizo esta lección inaugural del curso 1999-2000, con una reflexión. Estamos ante la ocasión única del comienzo de un tercer milenio. Para los cristianos se cumplen dos mil años del hecho más trascendente de la historia. El acontecimiento tiene especial significado para todo el mundo, pero quienes poseen el doble título de cristianos y de artistas están llamados a una especial conmemoración. El Papa ha recordado a los artistas su especial condición y su papel en esta larga etapa de evangelización; y esta recordación del Papa nos debe servir a todos para repasar la actividad continuada del arte y del cristianismo a nivel histórico y universal. Pero es, sobre todo, una llamada profunda, que contiene la buena semilla de la palabra de Dios. De ahí nuestra postura personal y receptora de "*tierra pedregosa, camino árido, entre espinos o de buena tierra*", donde fructifica el grano del mensaje divino.

Cada uno, y todos juntos, pecaríamos de omisión si dejásemos pasar sin respuesta la llamada que nos hace la historia como artistas y la iglesia como cristianos. Doble responsabilidad que yo, modestamente, me permito pregonar desde esta Real Academia de Bellas Artes, en el umbral del nuevo siglo.

HE DICHO.

Juan Cordero Ruiz